

## Sueño de Adviento

Retiro – Comentario espiritual del texto de Isaías 11,1-10



El Adviento es un tiempo de espera y de esperanza. Es un tiempo de alegría profunda, pero todavía no presente. Es tiempo de revisarse a un mismo y de mirar alrededor. Este, el mundo que tenemos, es el que recibe la visita de nuestro Dios. Sabemos que no se la merece, que Dios viene por pura benevolencia, por pura amor, por pura gratuidad.

Los textos bíblicos de la liturgia nos acompañan en este camino; nos ayudan a reflexionar sobre el misterio que celebramos en Navidad: ¡Es Dios quien viene a nosotros! En los cuatro domingos de Adviento encontramos en los evangelios la figura fascinante y poderosa de Juan Bautista y la obediencia de María y de José. En la primera lectura nos acompaña el profeta Isaías con su grito de esperanza dirigido a un pueblo que sufre las peores desgracias: la guerra, la derrota, la corrupción de sus dirigentes, el exilio, el expolio, la destrucción del templo de Dios, el abandono de la fe, la desesperación total. «Ha terminado nuestra historia», piensan, «han terminado las promesas de Dios, ya no tenemos futuro, porque nos hemos quedado sin presente.»

Isaías fue testigo de situaciones extremas por las que tuvo que pasar su pueblo. Él también estuvo tentado por la desesperación, pero fue capaz de aceptar la luz que Dios le regalaba, pudo ver más allá, más al fondo del río de la historia, y se dio cuenta de que las guerras y las desgracias no tienen la última palabra, que es Dios, solamente él, quien lleva adelante la historia.

Además, Dios le confió la difícil tarea de anunciar esta esperanza a sus conciudadanos. ¿Como anunciar la victoria de Dios a un pueblo vencido y humillado? Solo con la fuerza de la palabra que viene de Dios y con la vitalidad de la poesía más atrevida.

## Isaías 11,1-10

*Aquel día*

*retoñará el tocón de Jesé,*

*de su cepa brotará un vástago.*

*Sobre él se posará el Espíritu del Señor:*

*espíritu de sabiduría e inteligencia,*

*espíritu de valor y de prudencia,*

*espíritu de conocimiento y respeto del Señor.*

*Lo inspirará el respeto del Señor.*

*No juzgará por apariencias ni sentenciará sólo de oídas;*

*juzgará con justicia a los desvalidos,*

*sentenciará con rectitud a los oprimidos;*

*ejecutará al violento con el cetro de su sentencia*

*y con su aliento dará muerte al culpable.*

*Se terciará como banda la justicia*

*y se ceñirá como fajín la verdad.*

*Entonces el lobo y el cordero irán juntos,*

*y la pantera se tumbará con el cabrito,*

*el novillo y el león engordarán juntos;*

*un chiquillo los pastorea;*

*la vaca pastará con el oso,*

*sus crías se tumbarán juntas,*

*el león comerá paja como el buey.*

*El niño jugará en la hura del áspid,*

*la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente.*

*No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo,*

*porque se llenará el país de conocimiento del Señor,*

*como colman las aguas el mar.*

*Aquel día*

*la cepa de Jesé se izará como enseña de los pueblos:*

*a ella acudirán las naciones y será gloriosa su morada.*

### *Aquel día.*

Es el día de la intervención de Dios. El pueblo de Israel tiene a Dios muy presente. Incluso en los tiempos antiguos, cuando todavía no habían descubierto que solo hay un Dios y que los ídolos de los otros pueblos no eran nada, ellos ya tenían claro que su Dios estaba más cerca de su pueblo que los dioses de los demás. Dios escuchaba su clamor cuando eran oprimidos por el faraón; Dios habitaba en una tienda cuando ellos estaban en el desierto, viviendo en tiendas; Dios se manifestaba a Moisés y hablaba con él como un amigo habla con un amigo. Dios no soporta ver la injusticia, la opresión de los poderosos contra los débiles, el sufrimiento de su pueblo. Dios interviene; ha intervenido muchas veces en la historia, pero, al final, intervendrá de forma definitiva. Los profetas hablan de esto con la expresión «aquel día», el día en que las cosas se verán como son, en que la verdad brillará a los ojos de todos, en que ya no habrá nada que temer.

### *Retoñará el tocón de Jesé.*

Con una metáfora del campo comienza Isaías a dar esperanza a su pueblo. Qué alegría cuando, de un tronco seco, comienza a despuntar el verdor de la yema. Las plantas tienen su parte de misterio, no es fácil saber si un árbol está del todo muerto, a pesar de las apariencias, la vida puede estar circulando en su interior, en la oscuridad, en la profundidad desconocida. Y llega un momento en el que, contra toda esperanza, sale a la luz la vida que ya había, pero que nadie conocía.

Esta es la profundidad de la imagen que el profeta nos presenta. Está diciéndole a su pueblo, y a nosotros: «no desesperéis, es verdad que el árbol de nuestra sociedad, de nuestra vida, de nuestro mundo, parece muerto, reseco, sin futuro. Pero tiene todavía vida por dentro, muy escondida, muy al fondo, en el tocón, cerca de las raíces. Dios es capaz de hacer que esta vida rebrote y, os lo aseguro, rebrotará».

Isaías vive un tiempo de reyes funestos, que toman decisiones equivocadas. Son descendientes de David, el rey al cual Dios le hizo la promesa: «Siempre habrá un descendiente tuyo en el trono del reino».

Pero no se han comportado como David, han sido infieles a Dios, y todo el pueblo ha tenido que pagarlo.

Por eso Isaías anuncia un descendiente del tocón de Jesé, el padre de David. Quiere decir que los reyes que hay ahora son el tronco y las ramas secas que se han de cortar, pero que, volviendo a los orígenes, a David, y más aún, al padre de David, Dios construirá un nuevo futuro.

En la Iglesia tenemos que volver siempre a los orígenes, a Dios, a sus promesas. Tenemos que fijarnos en todas las cosas superfluas que se nos pegan a lo largo del tiempo. En la vida de cada uno sucede lo mismo; podemos tener unas convicciones, desear ser fieles a Dios, a nuestra fe, a nuestra vocación, pero el día a día nos pone delante mil y una preocupaciones que pueden hacer que es oscurezca aquello que antes teníamos tan claro. Volver a las raíces, a los orígenes, es la invitación que Isaías nos hace.

Lo mismo se puede decir de la experiencia del pecado, del extravío de la vida, cuando hemos errado el camino. Volver atrás es hacer memoria del porqué de nuestros pasos, de las motivaciones que nos movieron al principio, de la vocación que Dios nos dirigió llamándonos por nuestro nombre y tocándonos el corazón. Volver atrás no es refugiarse en el pasado, sentir nostalgia, lamentarse del tiempo presente. ¡Eso nunca! Los profetas siempre miran al futuro y nos enseñan a hacer lo mismo. Volvemos atrás para encontrar de nuevo el camino justo y seguirlo con confianza, de la mano de Dios que nos guía.

### *Sobre él se posará el Espíritu del Señor.*

Isaías pasa a describir cómo será el nuevo rey que Dios enviará a su pueblo. La principal característica es que el Espíritu de Dios vivirá en él. El Espíritu es el aliento, la vida, la presencia de Dios mismo en su vida. Fijémonos en que no dice que el Espíritu «le inspirará», que sería una idea muy normal. El profeta está diciendo mucho más, el Espíritu «se posará», vivirá en él, residirá en él, irá a él para quedarse.



El rito de entronización del rey incluía la unción con aceite sagrado. El rey era el Ungido del Señor, el Mesías. Así se simbolizaba la elección por parte de Dios y el don de su Espíritu. Todos nosotros, al ser bautizados y confirmados, hemos sido también ungidos con el aceite santo. Somos, por tanto, reyes, es decir, constructores de la nueva sociedad, seguidores de Jesús, el auténtico rey, hijo de David, descendiente de Jesé. Es por eso que todo lo que Isaías dice del nuevo rey, podemos entenderlo como una llamada dirigida a nosotros.

La presencia del Espíritu en el nuevo rey lo transformará de tres formas:

*Espíritu de sabiduría e inteligencia.*

La sabiduría y la inteligencia son las primeras facultades que necesita el gobernante, el constructor de la sociedad renovada que Dios quiere. Se refieren al interior de la persona, que es capaz de comprender tal como Dios comprende, que puede ver el mundo tal como Dios lo ve.

*Espíritu de valor y de prudencia.*

Como resultado de la sabiduría interior, el sabio puede actuar, puede ser valiente para cumplir la misión de construir un mundo nuevo. El pueblo de Israel siempre ha entendido que la sabiduría no es tan solo una capacidad intelectual, sino que lleva a actuar, a vivir la vida tal como Dios quiere, a seguir su voluntad. El sabio es, por tanto, valiente, fuerte, decidido, porque le guía la luz del Espíritu que llena su vida.

*Espíritu de conocimiento y respeto del Señor.*

Los últimos dones del Espíritu son el conocimiento y el respeto. Conocer, en la Biblia, siempre significa tener una relación privilegiada y muy especial con alguien. Conocer a Dios no es tener noticias, no es

haber leído sobre él en los libros, es vivir y convivir con Él, estar en su presencia, compartir la vida con él. El respeto significa saber poner a Dios en su lugar, dejar a Dios ser Dios y reconocer que somos criaturas suyas, amadas con todo su inmenso amor,

El profeta ya nos ha explicado que el nuevo rey no será como los otros, sino que en él residirá el Espíritu de Dios, que lo transformará con sus dones. Esta transformación la expresa ahora con dos actividades centrales del rey: la justicia y la victoria.

*No juzgará por apariencias ni sentenciará sólo de oídas.*

¡Quién pudiera tener un juez así! Como ya hemos dicho, la sabiduría y el entendimiento son dones del Espíritu, dones de Dios. Sin ellos solo podemos hacernos opiniones parciales, limitadas, difusas. No podemos comprender los acontecimientos de la historia ni entender a las otras personas ni a nosotros mismos si no es con la luz del Espíritu. Vivimos en una sociedad de apariencias, de espectáculo, de superficialidad; y no es fácil encontrar opiniones profundas, contrastadas, equilibradas. El profeta nos pide que no juzguemos solo por lo que se ve a simple vista ni de oídas; para comprender el mundo y valorar a las personas necesitamos la mirada de Dios y su misericordia.

*Juzgará con justicia a los desvalidos, sentenciará con rectitud a los oprimidos.*

No podía faltar en la descripción del nuevo rey la referencia a la justicia en favor de los pobres. Entre los muchos problemas sociales y abusos de autoridad, el profeta quiere destacar uno: Dios cuida con especial atención a los desvalidos. Sabemos que nuestras sociedades y casi todas las instituciones están construidas en contra de este criterio; los más poderosos tienen todas las ventajas y siempre hay un grupo de últimos, de marginados de débiles, que saben que no pueden pedir más del mundo, porque no lo conseguirán. Isaías se permite el lujo de soñar con una sociedad que no sea así. La justicia a favor de los pobres no es un elemento cualquiera del mundo que él desea, del mundo que Dios

le inspira. Es una parte esencial y ningún creyente puede renunciar a ella.

*Ejecutará al violento con el cetro de su sentencia y con su aliento dará muerte al culpable.*

Es normal que el profeta se exprese con esta vehemencia en tiempo de guerras y devastaciones. Para Isaías, el nuevo rey tendrá de verdad éxito porque Dios lo hará vencer. La descripción, hasta ahora, podía hacer sonreír a los más escépticos, a los que creen que es imposible formar una sociedad como Dios desea, a los que están convencidos de que siempre habrá ricos y pobres, poderosos y oprimidos, y desean escalar posiciones sociales pasando por encima de los demás. Para ellos, los demás no son hermanos, sino adversarios, contrincantes.

El profeta nos avisa de que Dios es capaz de hacer realidad todo este sueño. Con la sencillez de la palabra, con la humildad del aliento, el nuevo rey tendrá un éxito insospechado en su lucha contra el mal. El nuevo Ungido del Señor tendrá una fuerza imparable, no necesitará armas ni ejércitos. Solo con el aliento hará justicia.

*Se terciará como banda la justicia y se ceñirá como fajín la verdad.*

Acaba la descripción del nuevo rey con la metáfora del cinturón, la pieza de ropa que sujeta y da forma a todo el vestido. Recordemos el cinturón de piel de Juan Bautista, que lo identificaba como el profeta Elías; recordemos también a Pedro, a quien Jesús le dice «cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; cuando seas viejo, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». Ponerse el cinturón, pues, es un símbolo de tomar decisiones, de ser dueño de uno mismo.

¿Cuáles serán los criterios a los que se ceñirá el nuevo rey? La justicia y la verdad, dones que solo pueden venir de Dios.

Acabado el retrato del nuevo Ungido del Señor, Isaías se atreve a soñar con las consecuencias de su reinado. Lo hace con metáforas naturales de gran expresividad.

*El lobo y el cordero irán juntos, y la pantera se tumbará con el cabrito...*

Diversos animales, domésticos y salvajes, conviven pacíficamente, comen hierba juntos y se tumban a la sombra a descansar. Es la imagen idílica del paraíso. Puestos a soñar, Isaías no se conforma con menos; él, como profeta inspirado y apremiado por Dios, sabe que el deseo humano solo tiene un límite: alcanzar la plenitud junto a Dios.

El paraíso es la forma que tiene la Biblia de hablar del plan original de Dios, de reconocer que este mundo de sufrimiento y desgracias no es el que Dios ha querido regalarnos, sino el que nuestro pecado ha ido formando. Dios solo desea el bien para sus hijos y puso al hombre al centro de su creación reconociendo que todo lo había hecho muy bien. Isaías nos dice que Dios nos promete una nueva creación, una renovación del plan divino de felicidad para los hombres y mujeres que él ha formado a su imagen.

Para poder entender la fuerza poética de esta imagen, hemos de hacer un esfuerzo de imaginación. Nosotros habremos visto panteras, tigres o leones en la televisión, en revistas o en un zoológico, perfectamente controlados. Podemos pensar en la belleza de sus movimientos y en la majestuosidad de sus miradas. Pero en el tiempo de Isaías solo oían hablar de estas fieras con malas noticias, con peligros, con viajes frustrados, con muertes... Eran todo un símbolo de la creación que se vuelve en contra del ser humano, que debería ser su señor.

El pecado no es solo una ruptura de la relación con Dios, un rechazo de su voluntad. Es también el desprecio de todos los regalos que Dios nos ha querido hacer para nuestro bien: El regalo de la creación, el presente del hermano y el don del Espíritu, el aliento de Dios, que habita en nosotros. Después del pecado, el hombre ya no sabe quién es, el hermano ataca al hermano y la creación ya no es un lugar seguro.

Por eso, la convivencia entre animales es una imagen tan impresionante; no solo porque sea hermosa, sino porque Isaías creía de verdad que Dios es capaz de crear la reconciliación total. Nosotros deseamos un mundo mejor, pero nos conformaríamos con unos

cuantos parches por aquí y unos arreglos por allá. El profeta sabe que no es suficiente y se atreve a soñar mucho más. Dios es capaz de regalarnos de nuevo la creación, de hacerla toda nueva para nosotros. ¡Todo esto significa el nacimiento de Jesús!



Hay todavía un elemento añadido en el dibujo que Isaías hace de la nueva creación. Si al principio del Génesis eran Adán y Eva los que estaban en el medio de la creación, ahora es un chiquillo el que pastorea, es decir, gobierna los animales. Un niño pequeño es ahora, para el profeta, la esperanza de la renovación total. Si Adán y Eva fueron engañados por la serpiente, este chiquillo podrá jugar con la víbora sin recibir daño. El

niño representa la inocencia, la humildad. Jesús pondrá al medio a un niño como expresión de la actitud del discípulo que acepta ser educado por Dios y así entrar en el Reino. Es también signo del nuevo nacimiento, don de Dios al pueblo.

El niño pequeño es, más aún para nosotros, el Niño que esperamos en Navidad. Dios mismo hecho hombre entre nosotros. Él será el único que podrá regir la creación renovada.

*Porque se llenará el país de conocimiento del Señor, como colman las aguas el mar.*

El profeta acaba el poema anunciando el fin de la maldad, «no harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo». ¿Cómo es posible esto? «Porque se llenará el país de conocimiento del Señor». El don principal del Espíritu, el conocimiento de Dios que el nuevo rey recibía de forma privilegiada, será ahora el distintivo de toda la

humanidad. Esta explicación se convierte en tarea y misión para los creyentes: recibir el don del conocimiento, asumirlo, vivirlo y anunciarlo para que Dios pueda llenar con él la sociedad, igual como ha llenado de agua los mares.

Hemos llegado a la raíz del problema, a la cuestión que de verdad preocupa a Isaías: en su pueblo falta conocimiento del Señor. Es cierto que se trata de un don gratuito, pero Dios está regalándolo constantemente a todo el que quiera escucharlo. Desde que Adán se escondió, Dios sigue bajando a pasear por su creación llamando: «¿Dónde estás?» Y cuando Dios regala alguna cosa lo hace con tanta abundancia que el profeta necesita compararlo con lo más abundante que hay en el mundo: el agua de los mares.

¿Qué nos falta, entonces? Acoger el don de Dios; prepararnos para acogerlo, que es el sentido del Adviento.

La promesa de Dios ya ha comenzado a cumplirse en el nacimiento de Jesús. La nueva creación, la radical renovación del universo ya ha comenzado. Nosotros somos partícipes como elegidos de Dios para ser servidores del mundo. El Espíritu del Señor ha sido derramado sobre nosotros para llenarnos también de sabiduría e inteligencia, de valor y prudencia, de conocimiento y respeto del Señor.

## PARA LA REFLEXIÓN:

- Lee primero el texto con tranquilidad, fijándote en sus imágenes, pasándolas por la imaginación. Deja que la poesía el texto te ilumine antes de comenzar con la reflexión.

- Repasa el texto poco a poco, deteniéndote en aquellos detalles que más te inspiran. No es necesario agotar todas las ideas, deja que el Señor te dirija su Palabra a ti, que te toque el corazón. Aquí tienes algunas pistas:

- Puedes fijarte en los dones del Espíritu Santo. ¿Cuál es el más necesario para ti en este momento? Pídeselo al Señor.
- ¿Eres una persona que juzga a los demás? ¿Te quedas en las apariencias? ¿Valoras a los demás con misericordia? ¿Eres comprensivo?
- ¿Colaboras con los necesitados? ¿Puedes hacer algo en su favor? ¿Es importante la justicia en tus decisiones?
- ¿Cuáles son tus sueños? ¿Qué deseas de verdad en tu vida y en la de las personas que aprecias? ¿Qué le pides a Dios? ¿Qué sueño concreto tienes ahora mismo? Intenta observarlo con los ojos de Dios.
- ¿Puedes soñar a la altura de Dios? ¿Qué te está pidiendo él a ti?

- Dedicar también un momento a dar gracias a Dios, a alabarlo, a estar con Él sin prisas. Descansa en Él.

*Comentario: [www.bibliayvida.com](http://www.bibliayvida.com)  
Licencia: Creative Commons by-nc  
Dibujos: Steve Erspamer  
Texto bíblico: Biblia del Peregrino*